

## TARDE V

---

### LA PIEDAD FILIAL

Es de precepto divino  
Amar á quien la existencia  
Debemos, y gran prudencia  
Hacer feliz su destino.  
Si sigues este camino,  
El que así lo estableció  
Te dará cual prometió  
Vida feliz: ya se sabe,  
Hijo sin padre es cual nave  
Que vela y timon perdió.

Acudieron con la mayor puntualidad nuestros apreciables jóvenes la tarde siguiente, deseosos de saber los sucesos del buen Gerardo, en cuya suerte se interesaban, y de conocer el carácter de Dupuis, á quien de antemano aborrecían. Esperaban á Palemon con impaciencia, pero tardaba en llegar, y tampoco estaba allí Marcela. Si al ménos tuvieran el libro, podría Armando continuar la historia que sin duda ya sabría su padre. Y tú también, lector mío, ¿no participas de la viva curiosidad de nuestros tiernos héroes? Paciencia; pronto proseguiremos la historia de Gerardo; mas por ahora nos lo impide un accidente que no nos dejará de inspirar un interés muy particular.

Vista la tardanza de Palemon, se pusieron los muchachos á entretenerse con aquellos juegos propios de su edad, cuando de re-

rente llamó su atención el agradable sonido de una flauta que se oía hácia la puerta. Un jovencito de unos quince años, un saboyanito es quien toca tan dulce instrumento; y en su miradas da á entender que busca una casa, cuya situacion no conoce : repara en los muchachos, y les dice : ¿ Vive por aquí el buen Palemon? — Aquí mismo. — ¿ Sois sus hijos? — Sí. — ¡ Oh ! ¡ cuánto me alegro de encontraros ! Á vosotros solos os busco : dejadme entrar, porque tengo mil cosas que deciros.

Entra el músico con los muchachos, quienes cierran luego la puerta, le llevan al terrazo, le obligan á tomar asiento, en una palabra, le hacen todos los honores debidos á un forastero. Nuestro músico se sentó con cierto aire de gravedad, limpió el sudor de su frente, miró con interes á los muchachos, y despues les dijo : Ahora bien, amiguitos míos, es preciso que yo cumpla una promesa que he hecho, y es muy sagrada ; sois cinco, ¿ no es verdad? — Sí, y todos somos hermanos.

Sacó entónces el flautista un bolsillo lleno de escudos; hizo cinco partes, y luego, dejando atónitos á los niños, pone en la mano de cada cual una porcion, y les dice : Esto es lo que os toca. Admirados los muchachos no saben qué hacer. — ¿ Os burláis, amigo? Este dinero no puede ser nuestro : ¿ quién nos lo habia de dar? — Yo digo que es vuestro, tomadlo : pronto sabréis quién os hace este corto regalo. — Pero... — Pero es preciso tomarlo : así lo desea quien me envía. — El que os envía no será nuestro padre, dijo Adela, y no podemos aceptar vuestros dones sin su permiso, ó al ménos sin que sepa... Todo lo sabrá, y será de su aprobacion. Este dinero es vuestro : lo habéis ganado legítimamente. — Pero decidnos siquiera... — ¡ Ah ! eso sí; con mucho gusto ; tal era mi intencion : meta cada uno en su bolsillo la parte que le corresponde, y luego hablaré. Confusos los muchachos, miran el regalo que se les hace : cada uno recibe quince libras : ¡ qué cantidad para ellos ! No saben si deben guardar el dinero; pero al cabo se determinan á hacerlo, despues de haberlo reflexionado, y resuelto el no dejar salir al músico sin restituirle la suma, si las razones que les diere no les pareciesen legítimas.

El saboyanito iba ya á descubrir el autor de este beneficio, cuando de repente llegaron Palemon y Marcela. ¿ Por qué los muchachos, al ver á su padre, se avergonzaron como si acabasen de cometer algun crimen? ¿ Por qué les palpita el corazon, y no se atreven á pronunciar una palabra? Esto consiste en que un beneficio que se recibe, y cuyo origen se ignora, humilla mas que

satisface; por eso los corazones honrados experimentan cierta confusion al recibir un favor : en fin, un beneficio recibido de persona desconocida, sin motivo antecedente, envuelve en sí cierto género de ultraje.

Palemon advierte la turbacion de sus hijos; ve en su casa un desconocido, y le pregunta con afabilidad qué se le ofrece. Es preciso que el músico responda, porque ninguno de los muchachos se atreve á hacerlo : han recibido el dinero, y temen que su padre los tache de imprudentes. El desconocido, pues, tomó la palabra y refirió á Palemon lo que acababa de decir á sus hijos, y el placer que experimentaba de que hubiesen aceptado el regalo que les habia hecho.

Los jóvenes fijan la vista en Palemon, procurando descubrir en su semblante si le han disgustado ; pero quedan agradablemente sorprendidos al ver que se sonríe, y aun se chancea sobre el asunto. En verdad, amiguito, dijo al músico, que esto parece un milagro : me alegraría de encontrar una buena alma que todos los dias me hiciese igual favor. ¿ Conque estáis muy ricos, hijos míos? Me alegro mucho, muchísimo ; pero, sin duda, desearéis tanto como yo saber quién es el hombre generoso que os ha regalado con tanta liberalidad. Supliquemos, pues, á nuestro huésped que nos explique este misterio; pero ántes me parece muy justo que le deis algun refrigerio.

Adela corre á la cocina, y vuelve con pan, vino y frutas : el músico las acepta con desembarazo : todos se sientan; ya no se acuerdan del libro grande : el interes mayor vence al menor; y luego que Marcela ha tomado la labor, y se ha puesto los anteojos, el jóven músico da principio á su narracion en esta forma :

#### Historia del padre ciego.

Nací en las montañas de Saboya : mi padre fué muy jóven á Paris para ocuparse en un oficio útil, cual es el de aguador. Aunque semejante profesion no se mire con la consideracion que otras ménos útiles, sin embargo, cuando se medite lo trabajoso que le será á cualquiera el verse obligado á ir con el cántaro ó cubeta por el agua que necesite en su casa, y volver con tan pesada carga, tal vez diariamente, entónces se confesará de buena fe la grande utilidad y conveniencia que proporcionan estos hombres laboriosos, que por un corto estipendio excusan tantas penas y fatigas, y lo muy obligados que debemos estarles... Es preciso que

me perdonéis si acaso alguna vez os parecieren simples mis reflexiones; porque no he tenido instruccion, ni he frecuentado las casas grandes, ni numerosas concurrencias: siempre he vivido entre el pueblo artesano, y solo de este os podré hablar.

Mi madre murió miéntras mi padre se hallaba en Paris: tenia yo entónces ocho años; un vecino caritativo se compadeció de mí, me llevó á su casa, y al momento escribió á mi padre; el cual se apresuró á volver á Saboya para arreglar algunos cortos asuntos. Al llegar Gilberto, mi padre, á casa de su vecino, me estrechó entre sus brazos, y me dijo derramando lágrimas: Hijo mio: has perdido á tu madre, y con ella toda tu felicidad: tu padre es un pobre jornalero, que no ha tenido tiempo para ahorrar dinero alguno: es preciso que vayas con él á Paris: allí te enseñaré modos honrosos de existir, ó bien limpiando chimeneas, ó sirviendo á los pasajeros, ó haciendo recados. Esta es la suerte que te espera, querido José; pero si te aplicas y eres honrado, serás mas feliz que si poseyeses una fortuna brillante.

Dicho esto vuelve á abrazarme tiernamente, da las gracias al piadoso vecino, vende los pocos efectos que le restan, y pasados algunos días se pone en camino, llevándome consigo. Pero algunas leguas ántes de llegar á Paris, un terrible accidente privó á mi padre de la vista. ¡Gran Dios! ¡cómo podré contaros tan trágico suceso sin deshacerme en llanto!

Á las ocho de una noche oscurísima llegamos á los afueras de una gran ciudad. Siendo forzoso detenernos para descansar, llamé á la puerta de una quinta, y pedí permiso para pasar con mi padre la noche en el establo: me respondieron con aspereza que no admitian gentes desconocidas; insisto y me arrojó á los piés del ama de la casa, la cual, mas compasiva que su marido, exclamó: ¡Pobrecito! no puedo ménos de darle acogida. ¿Dónde está tu padre? — Mirad, allí abajo: padre mio, padre mio. Llegó mi padre, y su respetable fisonomía acabó de decidir á la buena señora. ¿Y adónde quieres ponerlos, si con motivo de la cosecha está todo lleno de gentes? le dijo su marido. — No importa; los pondremos en el granero viejo, pues en él no hay mas que un poco de paja: no está bien cerrado; pero á lo ménos mejor pasarán allí la noche que al sereno. Nos condujo, pues, esta caritativa mujer al granero, y aun tuvo la humanidad de hacernos traer pan, agua y algunos restos de la cena. Cenamos alegremente, y luego nos tendimos cada uno en el rincon que nos pareció mas á propósito. Yo dormia profundamente, cuando á cosa de las cinco

me despertó un espantoso ruido: llamo á mi padre; pónese á escuchar y me dice que son cañonazos que tiran en la ciudad, sin duda á causa de la fiesta que en ella se iba á celebrar aquel dia, segun habia oido decir cuando llegamos.

Entre tanto, yo observaba que á cada cañonazo temblaba la miserable estancia en que nos hallábamos. Mi padre, que se estaba vistiendo, observa lo mismo, y se asusta. Despacha, José, me dijo; vístete aprisa, porque aquí no estamos seguros, pues este desmoronado edificio puede de un instante á otro sepultarnos en sus ruinas. Al oir estas palabras se apoderó el terror de mis sentidos: salgo precipitadamente de la estancia; y apenas estoy fuera, oigo una terrible descarga, veo que se abren las paredes y cae el granero, quedando mi padre envuelto entre las ruinas, segun me anunciaban sus tristes clamores.

¡Qué habia de hacer yo en tan cruel situacion! Las gentes de la quinta se hallaban distantes de donde nosotros estábamos. Si me iba á avisarlas de aquella desgracia, tal vez mi padre podia morir ántes de darle socorro. La ternura y el temor me dan una fuerza sobrenatural; y sin consultar mis fuerzas, creo que puedo escombrar las ruinas, apartar los pesados maderos, y salvar á mi padre. Al mismo tiempo que trabajo, pido á voces socorro. Por fortuna, una hija de la casa me oyó: el ruido de la caída del granero la habia asustado: y la curiosidad la traia al sitio de las ruinas: esta buena muchacha corrió precipitada á la quinta, y luego volvió acompañada de varios hombres, que acabaron una obra que á mí me parecia haber adelantado mucho porque separé algunos terranes. Cuando los vi, el consuelo y la esperanza me hicieron sentir mi mal estado: tenia las manos y los piés ensangrentados: un sudor frio corria por todo mi cuerpo; caí sin sentido, y me trasladaron á la quinta, donde no volví en mi acuerdo sino para presenciar el dolor de los que me rodeaban; y particularmente la afliccion del ama de la casa, que lloraba amargamente por suponer que ella era la causa de nuestra desgracia. ¡Padre mio! ¡padre mio! exclamé. — ¡Tu padre!... ¡pobre muchacho! — ¿Ha muerto? — ¡Mas valia! — ¿Pues qué le ha sucedido? — Ha perdido la vista: vese á verle al hospital, adonde acaban de llevarle: Juana, acompaña á este muchacho abonde está su padre: ¡oh Dios mio! ¿por qué ha sucedido en mi casa tan funesto accidente!

Caminaba yo tan aprisa que apenas podia seguirme la criada. Estaba el hospital á bastante distancia de la quinta, en la ciudad

donde habian disparado los cañonazos, causa de nuestro infortunio. No os pintaré mi desesperacion cuando me arrojé sobre la cama de mi padre, el cual así que recobró el uso de la lengua lo primero que habló fué preguntar por su hijo : cerca de él estaba este hijo querido ; ¡ pero jamas podia volver á verle ! El infeliz Gilberto estaba magullado, tenia várias heridas, y los ojos muy hinchados. El cirujano me dijo que de todo sanaria ménos de la vista, la cual no habia esperanzas de que la pudiese recobrar.

Tuvieron la bondad de permitirme quedar en el hospital para cuidar de mi padre, y aun me mantuvieron por caridad durante dos meses, en cuyo tiempo se restableció enteramente mi padre, y dejámos aquel piadoso asilo, sin otro recurso que el de mendigar. Convinimos en que yo llevaria por todas partes á mi padre, y pediria limosna para él ; pues el grande amor que le tenia nada presentaba á mis ojos que fuese desagradable, si servia para su alivio. Cuando veia algunas gentes, gritaba : ¿ no hay quien socorra á este pobre ciego ? Unos me daban, y muchos me despreciaban : yo entregaba fielmente á mi padre el producto de las limosnas, y no me separaba de él ni un minuto.

Una señora anciana, que pasaba un dia por donde nos hallábamnos mi padre y yo, se compadeció de nosotros, y despues de haberme dado algunas monedas, me dijo : ¿ Adónde vais de esta suerte, hijos míos ? — Señora, vamos á buscar un albergue para pasar la noche que se acerca, y temo que su frialdad haga daño á mi padre. — ¡ Cómo ! buen hombre, ¿ este muchacho es hijo vuestro ? — Sí, señora, y es muy bueno ; yo os lo aseguro. — Bien lo anuncia su rostro : ¿ qué edad tiene ? — Diez años. — ¡ Es muy hermoso ! Pero ¿ dónde acostumbráis pasar las noches ? — En el primer rincon que la caridad nos franquea. — Escuchad, buenas gentes ; yo quiero recogeros : tengo dos camas en una sala baja, que ocupaban dos hijos de mi jardinero, los cuales están ahora en el ejército : todas las noches podréis disfrutarlas : durante el dia iréis á pedir limosna adonde quisieréis ; y al oscurecer os entregarán la llave de vuestro cuarto : yo me obligo á dulcificar vuestra suerte : seguidme. Mi casa está muy cerca : venid conmigo, y agradeced á Dios el haberme encontrado.

La buena señora caminaba delante de nosotros : mi padre la llenaba de bendiciones, y á poco rato llegámos á una hermosa casa, situada enteramente en el campo, y en la que todos los criados imitaban la humanidad de su señora. Nos entregaron la llave del cuarto bajo, nos dieron tambien de cenar, y nos acostámos en

dos camas que nos parecieron de blanda pluma, porque hacia muchísimo tiempo que no sabíamos lo que era dormir en blando.

Á la mañana siguiente, la mujer del conserje nos dió de almorzar, y salimos al camino á implorar la compasion de los buenos corazones. Voy á daros á conocer las almas caritativas que nos habian franqueado un asilo, á la verdad alejado del cuerpo de la casa, pero cómodo y aseado.

Madama de Aubri, viuda de un rico comerciante, vivia de sus rentas con un hijo, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, cuya única ocupacion eran el estudio y la beneficencia. Ninguno se apartaba de su presencia sin salir consolado : cuidaba sobremañera de su madre, anciana y algo enferma : ningun dia dejaba de ir á desayunarse junto á su lecho, porque la buena señora se levantaba muy tarde : por la noche tambien la acompañaba ; en fin, por todos los medios posibles procuraba pagarle los cuidados que le habian costado su crianza y educacion.

Hubiéramos podido dispensarnos de mendigar, segun el cariñoso extremo con que nos trataba la buena señora ; pero temíamos se persuadiese de que queríamos serle absolutamente gravosos. Nos hacia mil regalos, pues con mucha frecuencia decia á sus criados : llevad esto al pobre ciego ; guardad aquello para el buen ciego ; comprad tal cosa para Pepito. Ella y su hijo tenian muchas veces la bondad de pasar á visitarnos ; me hacian cantar algunas canciones de mi país ; reian á carcajadas, y se retiraban muy contentos. El hijo de esta señora era aficionado á la música y su instrumento favorito era la flauta : quiso enseñarme á tocarlo, persuadido de que me seria útil para ganar la vida, y todos los dias me daba leccion. Por mi parte no tardé en manifestarle que sabia aprovecharme de su condescendencia. Tambien me enseñó á leer y escribir, y me instruyó en todo cuanto cabia en mi corto entendimiento. No hay beneficio que mi padre y yo no hayamos debido á estas dos generosas criaturas ; pero la felicidad dura poco. Vamos ahora al suceso mas particular de mi vida : escuchadme con atencion, y oiréis un lance tan extraordinario, que es preciso ser bien desdichado para haber sido el héroe principal del suceso.

Habíamos pasado tres años en esta casa, y hacia dos que nosotros bienhechores dispusieran que mi padre no saliese á pedir limosna : todo lo hallábamos en este asilo ; y aun Mr. de Aubri pensaba en procurarme un buen establecimiento, cuando la des-

gracia, que nos perseguía, vino á trastornar todo el edificio de nuestra esperanza y tranquilidad.

Mr. de Aubri estaba muy á menudo distraído y taciturno: habia momentos en que parecia agitado de una terrible desesperacion; y estos accesos eran mayores hacia un mes. Su madre le preguntaba la causa continuamente; pero él se excusaba con que el estudio le enardecia la cabeza: estaba reservado á nosotros el descubrir la causa de su melancolia, como lo vais á oír.

Una tarde que yo volvia de pasear con mi padre á tiempo que empezaba á oscurecer, advertí que todavía nos faltaba un largo trecho para llegar á casa, y sentí un involuntario terror. Hacia algun tiempo que se hablaba de una tropa de bandidos que infestaba el país: nuestro exterior seguramente no nos exponia á ser robados; pero el temor no reflexiona. No dije á mi padre que oscurecia, pero le supliqué que acelerase el paso, pretextando que el aire refrescaba mucho. Creyóme el anciano, y caminámos aprisa, cuando al pasar por un bosquecillo, salen dos hombres corriendo y parecia que venian huyendo. El uno de ellos estaba herido, y derramaba mucha sangre de un brazo, aunque le tenia envuelto en un pañuelo. El otro empujó á mi padre con tal fuerza, que le derribó al suelo. ¡Cielos! exclamé, ¡habrá tal aturdimiento! — ¿Cómo aturdimiento? ¿por qué no se apartan á un lado? — ¿No veis que mi padre es ciego? — ¿Ciego?... Compadre, dijo dirigiéndose al otro, aqui tenemos el hombre que necesitamos. — Si por cierto, contestó su compañero: la casualidad nos le presenta: llevémosle.

À estas palabras los crueles me arrebatan la flauta que siempre llevo conmigo: cogen á mi padre cada uno por un brazo, y le obligan á caminar con ellos. Juzgad de su espanto, de sus clamores y de los míos: en vano les supliqué que me restituyesen á mi padre; los bárbaros se rieron de mis lágrimas: quiero al ménos seguirlos, pero uno de ellos me dió un terrible empujón, y me arrojó en tierra: procuré levantarme, y ántes que lo verificase, uno de los malvados sacó de los bolsillos unos cordeles, y llegó su ferocidad hasta el extremo de atarme á un árbol en presencia de mi padre, que dirigia al cielo melancólicos gemidos.

Después que me ató, á pesar de los esfuerzos que hice para resistirme, los monstruos volvieron á coger á mi padre, que no queria alejarse de su desgraciado hijo, manifestando con su débil resistencia la fuerza de la ternura paternal. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuve el dolor de verme arrebatado el padre sin

poder seguirle, y sin quedarme mas consuelo que mi llanto. Considerad cuál sería mi situacion, amigos míos, y decidme si puede darse otra mas horrorosa. Vedme solo en un bosque al cerrar la noche, atado á un árbol y sin esperanza de ver pasar alguna persona que rompa mis ligaduras. Todo me asustaba, todo me estremecia: las sombras no me permitian distinguir los objetos: oigo á lo léjos los espantosos aullidos de los animales que habitaban aquellas espesuras, y creia que se acercaban á devorarme: estos temores, el fúnebre silencio de la noche, y el horror de mi situacion, casi me privaban del sentido, cuando de repente descubro á lo léjos...

Aquí interrumpió Palemon al jóven músico para advertir que ya era hora de que su familia se retirase. Levantóse José, y prometiendo á los muchachos continuar su historia la tarde siguiente, se despidió de ellos. Dejemos á Palemon disfrutar de la incertidumbre de sus hijos acerca del dinero que han recibido, sin que José haya tenido tiempo para descubrir el origen.